

MURIENDO POR LA DULCE PATRIA MIA

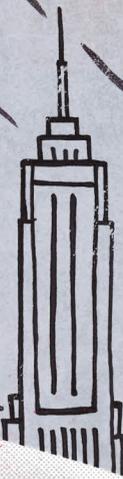
ROBERTO
CASTILLO

Y EL
TITULAR
GLORIOSO:

“ASÍ QUEDÓ POR CHILE”

Arturo se desmulo
y se metió corriendo
al mar. Meredith,
incredulo, lo perdió
de vista entre las olas.

EMPEZABAN A HABLAR EN INGLÉS Y ME ENTRABAN LAS GANAS DE PONERME A LLORAR

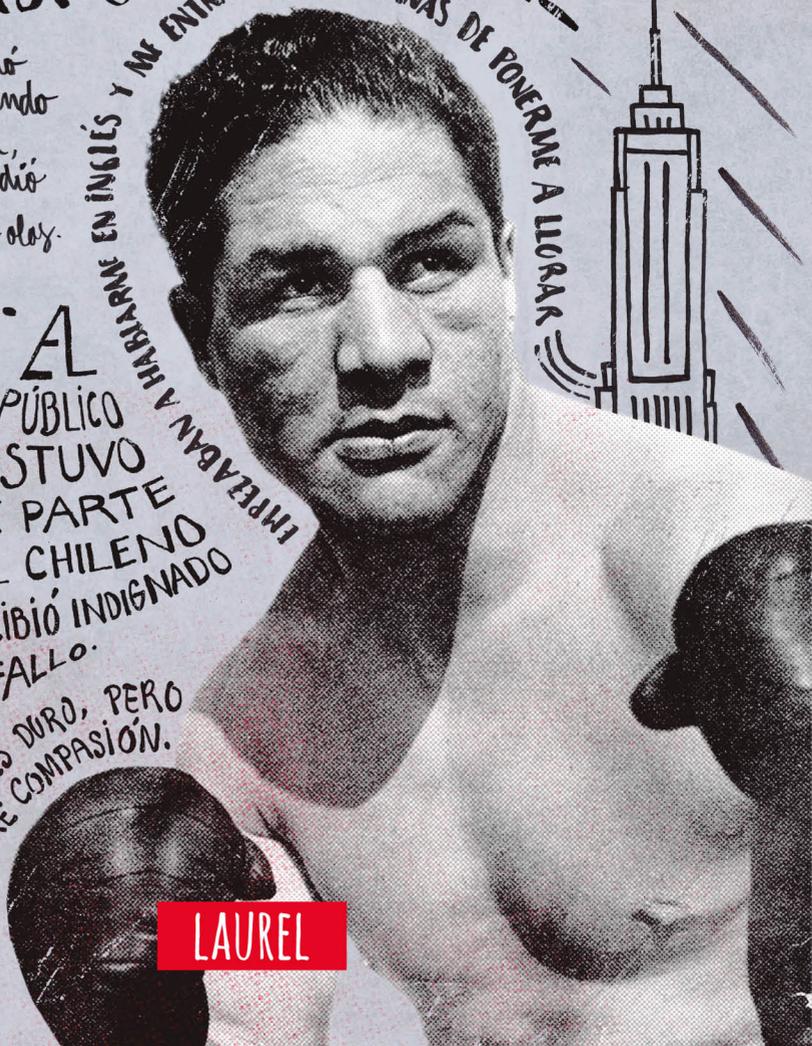


...miliagochate, Gody

A
PÚBLICO
ESTUVO
DE PARTE
DEL CHILENO
Y RECIBIÓ INDIGNADO
EL FALLO.

SÉ QUE GODOY ES DURO, PERO
NÓ TENDRE COMPASIÓN.

LAUREL



ROBERTO CASTILLO SANDOVAL

★ | MURIENDO | ★
★ | POR LA DULCE | ★
★ | PATRIA MÍA | ★

A Silvana,
y en memoria de Jorge Teillier

Arrimaos a este remanso y mirad en él vuestros rostros, qué claros
y qué propios se representan en este cristal bruñido: miráronse con
cuidado y respondieron admirados: es verdad, capitán, tenéis razón.

Pues volved a miraros atentamente (les dije, habiendo primero
alborotado el agua y con el cieno y barro ensuciádola muy bien):
miráronse en el espejo, y no se les presentaron como antes sus retratos.

Francisco Núñez de Pineda y Bascañán
Cautiverio feliz

★ ★ ★

Ninguno me reprenda al presente
si dijere algo o echare menos
alguna cosa en esta escritura,
pues no escribo vida, sino historia.

Francisco López de Gómara
Crónica de los muy nombrados Oruch y Jaradín Barbarroja

★ PRÓLOGO PRESCINDIBLE ★

Siendo historiador de asuntos más bien arcanos, debo confesar que para escribir estas páginas tuve que recurrir a personas más versadas que yo en la historia del boxeo; a su autoridad remito casi todo lo que aquí se leerá. Muchas de ellas son o fueron periodistas, y no es de extrañarse, porque el box –y tantas otras cosas propias de ese siglo populachero– no existiría sin estos singulares personajes. Es cierto que los periodistas dispensan su información como si fueran oráculos de una sabiduría que trasciende el ámbito del deporte, de la crónica policial o de la farándula. Pero en comparación con otras malas artes de la escritura el periodismo es un quehacer relativamente honesto; quienes lo practican, por lo general, carecen de la displicencia de los novelistas y de la arrogancia inconmovible de nosotros los historiadores. El periodista tiene que dar la cara al público día a día y está obligado a entregar sus opiniones a la imprenta sin importarle que estén, muchas veces, a medio cocinar, pobladas de gazapos y redactadas a la diablo. Los historiadores nunca nos retractamos, so pena de perder la pega, mientras que los periodistas, forzados por las circunstancias o por su corta memoria, se desdicen constantemente, por más que los vanidosos lo disimulen. Para lo que sirva, declaro que este es el libro de alguien que siempre quiso ser periodista y que por azar y por dejación terminó dedicándose a la historia.

Reniego por tanto de mi oficio académico pero retengo el hábito timorato de identificar a mis fuentes con claridad. Una de ellas es Mr. W.I. Farr, quien llegó a Chile en la década de 1910 como corresponsal viajero del diario londinense *The Daily Mirror*, y terminó avvicinándose y fundando la crónica deportiva local. Generosamente me

hizo llegar, junto a sus sabrosas cartas, los recortes de sus artículos del *Mirror* y parte de los borradores originales de su inencontrable *Historia del boxeo chileno*, redactados en inglés, el idioma de su infancia. La editorial Quimantú publicó una versión abreviada en castellano a finales de agosto de 1973, pero la mayoría de sus ejemplares, recién impresos, fueron a alimentar una gran hoguera en medio de la avenida Santa María. A Mr. W.I. Farr le gustaba contar que las instrucciones del capitán a cargo de la incineración –nombrado después delegado del Ejército en una de nuestras universidades– eran de «quemar todo lo que fuera historia de algo». Uno que otro ejemplar chamuscado de la *Historia del boxeo chileno* circula hasta el día de hoy por las librerías de viejo de la calle San Diego; cualquier lector curioso y paciente podrá constatar mi gran deuda con Farr si logra encontrar uno de ellos.

Algunos iquiqueños, no tan famosos como Arturo Godoy, pero no por eso menos insignes, como Jorge Velis (el «Oso» para sus alumnos del Liceo de Aplicación), me entregaron valiosos datos sobre la legendaria «tierra de campeones». También conté con la colaboración –por escasa y reticente que haya sido en algunas ocasiones– del mánager de Godoy en sus peleas por el título, Armand «Al» Weill. Lamentablemente, ni él ni su hermano Mel podrán llegar a leer este libro. Tampoco podrá leerlo mi tío y padrino, Heriberto Castillo Borcosque, cuyos recuerdos de infancia y juventud en el norte grande me sirvieron de valiosa guía al escribir estas páginas.

Jorge Teillier, a quien le ofrezco mi gratitud tardía, me hizo recobrar el entusiasmo por este proyecto en un memorable encuentro de muchos rounds que empezó al mediodía en La Unión Chica de la calle Nueva York y terminó pasada la medianoche en una fuente de soda con vista a la Estación Central, donde él se refugiaba del acoso de los poetas jóvenes. Allí Teillier siguió hilando el cuento de cómo eran los días y las noches cuando el siglo veinte era joven, en el país donde «el trompo lanzado por

un niño todavía no deja de girar», un país resplandeciente e improbable donde todavía los poetas y los deportistas podían ser estimados por igual.

No creo que ninguno de mis interlocutores –con la excepción de uno de los hermanos Weill– pudiera hacerle daño a una mosca, a pesar de su atracción intensa por el espectáculo del pugilismo. Curiosamente, están conscientes de que el boxeo no podría seguir existiendo sin la indiferencia o incluso el entusiasmo ante la violencia y el dolor propio o ajeno. Pero, como creo que me dijo Teillier: ¿qué podría seguir existiendo sin la indiferencia ante el dolor, sea propio o sea ajeno? No quedaría piedra sobre piedra.

Por último, advierto con firmeza que este no es un libro sobre el boxeo ni sobre la vida del ciudadano Arturo Godoy que nació un día de 1913 (¿o fue 1910?) y murió a fines del invierno de 1987 (¿o fue un año antes?). El Arturo Godoy de estas páginas tiene la costumbre de resucitar a cada rato y deambular por ciertos parajes, a ciertas horas, en Santiago de Chile, en Iquique, en Buenos Aires o en Nueva York. Es una aparición que nos remite a tiempos en que muchos creían que la mayor amenaza para nuestro apacible villorrio de país venía de una naturaleza supuestamente enloquecida. El siglo se encargó de mostrar que las aguas y montañas de esa isla remota eran inofensivas comparadas con la gente que produce, tan dulce, tan violenta y, sobre todo, tan insistentemente olvidadiza.

★ LAS SIRENAS CAMBIAN DE FORMA ★

Cambridge, Massachusetts, 1988

En alguna parte –soy desmemoriado– Borges escribió que las sirenas cambiaban de forma. Para los antiguos, podían manifestarse como vírgenes con cuerpo de pájaro, peces que sabían hilar, o simplemente mujeres que vivían debajo del agua. Deidades, monstruos o demonios, su índole variaba tanto como su apariencia. Borges terminó su excursión por el país de las nereidas con un tono de desencanto, comparando la cualidad evocativa de esas imágenes antiguas con la escueta versión moderna: «Sirenas: Supuesto animal marino, leemos en un diccionario brutal».

Sospecho que más de alguien habrá parado de leer viendo el nombre de Borges en la primera línea. A quienes todavía no hayan dejado de lado estas páginas, explico que la mención no es antojadiza, por literaria que sea, porque sin Borges no se habría desencadenado la serie de eventos en que tuvo su origen esta historia.

En 1988, siendo todavía aprendiz de historiador, me ofrecí de voluntario para la misión de verificar ciertas referencias que aparecían en ese texto de Borges sobre las sirenas y en otros por el estilo. (En ese tiempo estaba muy de moda creer que la historia era pura literatura y que por lo tanto no les vendría mal a los futuros historiadores familiarizarse con ciertos escritores ejemplares.) Con un entusiasmo bochornoso, comenté a mis compañeros de curso que no me extrañaría encontrar todos los libros citados por Borges en la enorme Biblioteca Widener de Harvard, porque ahí, al alcance de la mano, «lo teníamos *todo*». No sólo eso: aposté que me iba a tropezar con páginas subrayadas o anotadas de puño y letra del Gran Ciego durante sus tanteos por esos mismos laberintos. Tuve que tragarme las ínfulas. A Borges le encantaba engañar

a ilusos y crédulos como yo, haciéndolos pensar que realmente existían, por ejemplo, objetos tan quiméricos como la edición de 1474 de *Les faits et prouesses du noble et valliant chevalier Jason*, de donde había sacado su mal llamada información.

Me vi obligado a inventar otra pesquisa para reivindicar mi reputación como investigador ante los compañeros de curso con quienes había hecho la apuesta borgiana. Siendo la mayoría anglosajones, y a pesar del dogma imperante, en realidad no entendían qué había de interés para un historiador en los devaneos eruditos de un anciano fabulador como Borges, que a la desgracia de ser ciego añadía su «deplorable condición de argentino».

– ¡Jolines, es que el tío es una verdadera momia! – me dijo una inglesa, escandalizada, pronunciando impecablemente su castellano peninsular.

– No, es un verdadero *momio* – le aclaré, sabiendo muy bien que no iba a entender la sutileza de mi alcance, pronunciado además en mi indescifrable chileno insular.

Mi profesor, Juan Marichal, el único español que conozco capaz de suavizar el gargajeante acento ibérico con un dejo casi americano de dulzura, apoyó mi interés en Borges, pero me sugirió que incursionara en un terreno más amable para la historiografía: la abundante colección de microfilmes argentinos albergados en un sótano de esa Biblioteca de Babilonia. Me propuso que rastreara los microfilmes de la prensa de Buenos Aires, por ejemplo, en busca de unos artículos casi desconocidos de Borges sobre la guerra civil española. Parecía una salida muy honrosa y acometí la tarea con entusiasmo.

A la sección de microfilmes de la Biblioteca Widener se llega sólo después de perderse. Primero hay que encontrar el acceso a un ascensor hediondo y estrecho que obliga a una incómoda cercanía si se suben dos personas; más simplemente no caben, a menos que estén dispuestos a entablar una intimidad demasiado efímera para valer la pena. A mí me gustaba bajar sin acompañantes para consta-

tar con tranquilidad que mi «pico pa' los gringos» todavía se distinguía bajo las múltiples capas de pintura ploma. Después del bamboleante descenso al fondo de la fosa en esa caja metálica, hay que bajar a pie tres niveles más, siguiendo el rastro de unas líneas pintadas en el piso. La franja amarilla da a una sección subterránea, tan moderna y aséptica que me recordaba a *2001: Odisea en el espacio*. La línea roja continúa hacia el túnel antiguo que desemboca en los microfilmes. (Hasta hoy me pregunto si hay alguna relación entre el aire de mausoleo de esa biblioteca y el hecho de que se construyó en memoria de un doncel dorado que murió en el hundimiento del *Titanic*. En Harvard le habían enseñado de todo, menos a nadar.) Al final del túnel hay una puerta con un letrero que advierte que franqueado ese umbral no se permite retroceder al punto de partida, por razones de seguridad. En ese túnel nunca se ve un alma; la única persona con quien me crucé una vez fue un escritor mexicano que me recordaba mucho a mi padre, acaso por el bigote.

Empujé la puerta y me encontré en una enorme bodega, mal iluminada, llena de estantes de metal gris y ficheros de madera. Me ahogó un fuerte olor a moho, a humedad de siglos. El silencio se interrumpía esporádicamente con el zumbido de las máquinas proyectoras. En los estantes vi miles de cajas etiquetadas con siglas y fechas. Busqué en el fichero la clave correspondiente a *La Nación* de Buenos Aires. Por alguna razón todavía me acuerdo del número de clasificación del rollo de microfilm, que anoté con lápiz de grafito en la tapa de mi cuaderno: Arg Per Nac-BA 1936-1940. Me instalé en el rincón más apartado y puse la película en la bobina. Sentía como si alguien me estuviera observando. Me di vuelta varias veces, pero no pude distinguir más que unas sombras que caminaban casi sin hacer ruido. Tratando de concentrarme, encendí el foco de proyección y los titulares añejos aparecieron frente a mí en una procesión hipnótica.

Después de un rato de leer, las curiosidades de ese Buenos Aires de finales de los 30 me parecieron demasiado ajenas o triviales

para mantener mi atención. Mi ojo de expatriado, acostumbrado a barrer las páginas del *Boston Globe* o del *New York Times* en busca de noticias de mi tierra, se me iba automáticamente a todas las referencias a Chile. («¿Chile? ¡Pero si eso es como el África!», decía Roberto Arlt en un artículo que encontré por ahí.) Mientras tanto, Borges seguía sin aparecérseme por ninguna parte, carrete tras carrete de microfilm.

Revisando, un poco desanimado ya, el rollo de noviembre de 1939, me encontré con la noticia de que un boxeador chileno había emprendido viaje a Nueva York, donde le disputaría el título mundial de los pesos pesados a Joe Louis, el temible «Bombardero de Detroit», que en ese momento se hallaba en el cénit de su carrera. Se trataba de Arturo Godoy, que aparecía en una foto en ademán de despedida, sonriente, elegantemente vestido con un traje claro, subiendo por la pasarela del vapor que lo llevaba rumbo al norte. En ese momento supe que mi proyecto sobre Jorge Luis Borges, que ya me pesaba como lastre ajeno, había pasado al olvido.

A partir de esa tarde, me dediqué con fervor a seguirle la pista al boxeador en revistas y diarios argentinos, chilenos, mexicanos, españoles y estadounidenses. Descuidando mis estudios y escapando más peligrosamente que nunca de mis problemas académicos y personales, pasé semanas bajando por el túnel del tiempo y quemándome los ojos frente a esas pantallas. Eché a andar la prodigiosa maquinaria de información de que disponía en esa universidad, conseguí materiales de otras bibliotecas, gasté lo que no tenía en fotocopias y revisé los archivos más recónditos en mi afán de averiguar todos los detalles de la historia verdadera de Arturo Godoy.

Un par de meses más tarde, cuando había reunido materiales suficientes para escribir un reportaje detallado sobre las dos peleas entre Godoy y Joe Louis (9 de febrero y 20 de junio de 1940), recibí un recado que cambió radicalmente mis planes. La bibliotecaria de la Sección Préstamos Externos me esperaba con un

misterioso paquete envuelto en papel café, con remitente de la Biblioteca Pública de Filadelfia. Rasgué el envoltorio con el pulso acelerado. Encontré un cuaderno de 200 hojas, marca Librería Colón. En la tapa, escrito con tinta china, se leía:

Vida y combates de Arturo Godoy

Novelada

por

Gabriel Meredith

y más abajo, una cifra casi ilegible en lápiz de grafito: «MCMX...».

Revisando mis notas para averiguar quién podría ser este personaje, descubrí que en una crónica se identificaba a un tal Meredith como el espectador del primer match entre Arturo Godoy y Joe Louis que se hizo famoso con su insistente grito de «¡Agáchate, Godoy!». Los micrófonos de la radio y los noticieros filmados registraron claramente su voz, por lo que en Chile la expresión se hizo popular durante un tiempo, especialmente en el norte, donde todavía se usa esporádicamente «¡Agáchate, Godoy!» como advertencia ante un peligro inminente. Encontré también una entrevista publicada en el diario *Tarapacá* de Iquique, en la que Arturo Godoy reconoció que, sin la insistencia de Meredith, Joe Louis lo podría haber noqueado. Con esto en mente leí el misterioso cuaderno de tapa a tapa y concluí que se trataba de la misma persona, el mismo Meredith que había alentado a Godoy advirtiéndole que se agachara.

Otros quehaceres urgentes me exigieron que dejara tranquilo al fantasma de Arturo Godoy. En julio de 1988 tuve que emprender vuelo desde el plácido verano de Nueva Inglaterra a la sopa tóxica del invierno santiaguino. No fue un viaje de placer: portaba unos documentos confidenciales en clave, disfrazados entre las páginas de una revista, para ser entregados al matemático Engel, quien en ese momento daba los toques finales al sistema

de conteo rápido de votos que tres meses más tarde le permitió predecir, varias horas antes de que se cerraran las urnas, el resultado casi exacto del plebiscito del 5 de octubre.

Al partir a Chile cometí un error fatal, del que me arrepiento hasta el día de hoy: eché en mi equipaje el cuaderno *Vida y combates de Arturo Godoy*. Tenía mis razones para llevarlo, pero debí haber sido más cuidadoso con esos papeles que no eran míos. Lo que sigue es la excusa que esgrimo cuando me acuso de haberlos perdido. Mi padrino Heriberto, que por entonces estaba muy enfermo, se había enterado de mi interés por Godoy y me había escrito contándome detalles muy interesantes sobre el boxeador, a quien había conocido en el norte. Fue la primera y única carta que recibí de mi padrino. La revelación me sorprendió, porque en las innumerables historias que me había contado siendo yo niño el boxeador no había figurado más que de pasada. Mi decisión de llevarme a Chile *Vida y combates* se debió entonces a que, en mi apresuramiento, creí necesario cotejar los recuerdos de Gabriel Meredith con los de mi padrino. No tenía idea entonces de que la suma de recuerdos distintos nunca da como resultado la verdad y que, al contrario, a veces la ahuyenta para siempre.

No había estado en Chile en mucho tiempo, y me encontré con un país muy curioso: en anticipación al plebiscito, se había declarado otra vez una guerra secreta y febril, aunque de signo menos siniestro que la de los primeros años de la dictadura. A mi llegada al aeropuerto me sacaron de la cola de Policía Internacional y me sometieron a un registro minucioso. Ciertos funcionarios que dijeron ser de aduanas me confiscaron el cuaderno de Gabriel Meredith antes de dejarme ingresar al país. «Es cosa de rutina», me aseguraron, y me dieron un recibo con una dirección en la calle República, para que lo pasara a reclamar en un plazo de diez días hábiles. Me advirtieron que fuera en horas de oficina, «entre las 9 y las 15 horas». Salí de la aduana sin saber por qué temblaba tanto, si del miedo reciente o de la felicidad que me daba poder abrazar a mi familia, después de tanto tiempo sin verlos.

Al día siguiente, tres individuos de civil, entre los cuales reconocí a uno de los aduaneros que me habían interrogado en el aeropuerto, me interceptaron en la calle y me arrebataron la mochila con mis documentos y otros papeles sin importancia. Mi torpe amago de resistencia les dio la excusa para darme una pateadura a plena luz del día –corta, pero muy humillante–, en los escalones de la estación Santa Lucía. Con la golpiza, presenciada por decenas de indiferentes conciudadanos, y con la pérdida del cuaderno de Meredith, se me precipitó una crisis de nervios. Una neumonía galopante que contraí gracias al smog y al hielo del invierno santiaguino se encargó de arruinar el resto de la estadía. Por lo menos pude cumplir mi misión patriótica de entregarle a Engel y su comando las revistas con sus noticias secretas intactas.

Quise olvidarme de Arturo Godoy, pero de perseguidor ya había pasado a perseguido: todos los detalles de la vida cotidiana parecían coludirse para recordarme al boxeador. Un antiguo amor me llevó furtivamente a una hostería en el Cajón del Maipo una noche a fines de agosto, por ejemplo. La luz de la estufa a gas que templó el reencuentro alumbraba un retrato con dedicatoria colgado en la pared. Era nada menos que Arturo, que había sido muy aficionado a las cazuelas del lugar y que tal vez había dormido en esa misma cama, en ese somier vencido desde el cual yo lo miraba incrédulo, entre estornudos y arrebatos de pasión. El viento que bajó de la añorada cordillera esa noche dejó una capa de escarcha en la ventana poblada de estrellas, y Arturo me acompañó en la vigilia con la guardia en alto desde esa foto de estudio.

A comienzos de septiembre del 88 tuve que regresar a Harvard, apenas convalesciente y sin el cuaderno de Meredith, porque me aconsejaron que no me acercara a la casona de la calle República para reclamar su devolución. En el buzón de mi departamento encontré varias cartas de la Biblioteca Pública de Filadelfia, conminándome a devolver de inmediato el manuscrito que me habían prestado, so pena de terribles represalias. Naturalmente, no pude

hacerlo, lo que me costó el sueño de varios días, una multa exorbitante que hasta hoy está impaga, y la amistad de la bibliotecaria que se había convertido en mi valiosa compañera de pesquisa. Como si esto fuera poco, una carta con membrete de la universidad me advertía que la beca estaba en peligro si no mejoraba mi rendimiento y terminaba mis trabajos pendientes en dos meses. Me complacé en romper toda esa correspondencia en pedacitos diminutos y la tiré por el wáter como una manera de librarme de tanto acoso. Como por arte de magia, todos mis problemas se fueron por la alcantarilla, acompañados por los vómitos morados de la angustia.

A pesar de que en Chile no lo había pasado muy bien, ese breve regreso me había vuelto a encender la nostalgia por ese extraño lugar donde, mal que mal, con pateaduras y smog y todo lo demás, había nacido. Lo nuestro es lo nuestro, no hay caso. Seguí con la pesquisa sobre Arturo Godoy porque me aliviaba la añoranza y porque me creaba la ilusión (y también a mis profesores) de estar trabajando en algo concreto. Por suerte, antes de mi viaje había tenido la precaución de fotocopiar unas pocas partes del cuaderno. De ahí saqué algunos datos clave, a partir de los cuales pude seguir investigando.

De partida, me di cuenta de que el título *Vida y combates de Arturo Godoy* se asemejaba demasiado a *Vida y combates de Luis Ángel Firpo* para ser una coincidencia. Pero una lectura somera de este último librito –que no pasa de ser un panegírico ramplón sobre el boxeador argentino a quien los gringos apodaron «Toro Salvaje de las Pampas»– fue suficiente para diferenciarlo del manuscrito de Meredith. El tono del cuaderno sobre Godoy era totalmente diferente: melancólico, dubitativo, casi desesperado en su pesimismo sobre la posibilidad de comunicarse con sus lectores. Me quedó dando vueltas, por ejemplo, esta reflexión subrayada en la primera página a modo de epígrafe:

«Si la totalidad del pasado es irrecuperable y la escritura de los recuerdos no refleja con justicia la experiencia de lo vivido, ¿por qué, entonces, escribo?».